



» RESEÑA

Reimaginando la manera en la que construimos y estudiamos mundos junto a los más-que-humanos

Re-Imagining the Way We Build and Study Worlds along with the More-Than-Human

Monserrat Torres Ortiz 

Adscripciones

Profesionalista independiente

Correspondencia

Monserrat Torres Ortiz
torrmonserrat@gmail.com

FECHA DE RECEPCIÓN: 15 de mayo de 2025

FECHA DE ACEPTACIÓN: 27 de noviembre de 2025

EDITOR ENCARGADO: Dr. Cristian Kraker

© 2025, Monserrat Torres Ortiz

Torres Ortiz, Monserrat (2025). Reimaginando la manera en la que construimos y estudiamos mundos junto a los más-que-humanos. *Sociedad y Ambiente*, 28, 1-6. <https://doi.org/10.31840/sya.v2025i28.3098>

Esta es una publicación de acceso abierto bajo la licencia Creative Commons Atribución/Reconocimiento-NoComercial-CompartirIgual 4.0 Internacional



 [El Colegio de la Frontera Sur](#)
 [Revista Sociedad y Ambiente](#)



ECOSUR

Reseña del libro de Juan Martín Dabizies y Aníbal G. Arregui (editores) (2022). *Vitalidades. Etnografías en los límites de lo humano*. España: Nola editores, 278 pp.

Vitalidades, editado por Dabizies y Arregui (2022), es un libro que no solo invita a la reflexión y ofrece contexto de “el hoy”, sino que nos enseña a hacerle frente a la crisis actual de una civilización que se ha desconectado de todo y de todos, hasta de ella misma. Si bien se apoya en teorías de autores como Bruno Latour, Donna Haraway, Anna Tsing, Lévi-Strauss, Spinoza e incluso Ursula K. Le Guin, este texto tiene una visión actualizada y posicionada desde América Latina y la Península Ibérica, dándole voz a lo que sucede más allá de la teorización de EUA y Europa sobre nuestra relación con los más-que-humanos, el colapso y de cómo “habitar un planeta dañado” (Haraway, 2019).

Estos textos resumen la idea de una vitalidad multi-ser y la transmiten de una forma clara y accesible, sin obligar al lector a sumergirse en otros textos académicos; lo que es clave, ya que quienes escriben el libro expresan que tiene una “voluntad divulgativa” y que busca despertar en un público amplio el interés por esa no tan nueva, pero necesaria etnografía multiespecie. No obstante, considero que, como material divulgativo, no está del todo logrado, pues a pesar de ser concisas las explicaciones y contener ejemplos que permiten hacer conexiones diversas, algunos capítulos llegan a ser pesados para alguien sin interés previo o experiencia en los temas. El diseño del libro también deja mucho que desear, pues parece una antología de artículos científicos por su tipografía y formato clásico. Por el nombre del libro se esperaría que cada página expresara esa “vitalidad”, diversidad y que la propuesta del multi-ser se hiciera patente más allá de las palabras, sin embargo, estas cuestiones formales o editoriales no demeritan el valor de su contenido.

El libro tiene bases teóricas robustas: parte del cuestionamiento de los orígenes de la antropología y su evolución, que va de un pasado colonial y antropocentrista, para posteriormente enfocarse también en animales y en pensamientos no occidentales, hasta poco a poco reconocer la diversidad en la que estamos inmersos todos los seres que cohabitamos el planeta, así como la necesidad de la otredad en nuestra propia construcción. Cada propuesta textual refleja el amplio trabajo de investigación y experiencias que hay detrás de este propósito general de trascender el foco tradicional y extender nuestra mente a redes complejas de convivencia e interacción más allá de lo humano.

Un punto clave para que el libro se sienta como un acompañante en la reimaginación e introspección, es la inclusión de los afectos. Cada texto se ve atravesado por estos, las descripciones y experiencias de las personas autoras invitan a conectar y sentir con todo el cuerpo lo que está sucediendo alrededor y cómo nos afecta, e incluso sin estar presente físicamente parece que pudieras sentir el viento de las montañas, el olor a podrido de las algas, el sabor de una sopa, etcétera, lo cual es un toque hermoso que acompaña la lectura.

El libro se divide en cuatro secciones: 1) etnografías de lo insospechado, 2) aperturas teóricas multiespecies, 3) la pandemia y los límites de lo humano y 4) los animales son buenos para imaginar. Cada sección se compone de tres capítulos que giran alrededor de diferentes posibilidades de la etnografía multiespecie, sin limitarse a ellos, pues los textos son toda una telaraña de relaciones e interacciones que no cabrían en una sola caja.

Etnografías de lo insospechado

El primer texto *Algias, monstruos y el final del paraíso* escrito por Leticia Durand y Juanita Sundberg, explora la manera en que el sargazo, un monstruo del antropoceno, ha venido a modificar nuestra romántica imagen de la playa: el paraíso. Para comprender el conflicto, hay que entender que “el sargazo deviene monstruo en relación con otros” (p. 42); dependiendo de con quién y la manera en que esté conviviendo, interactuando y formando vínculos, va a ser y a expresarse de forma di-

ferente. Al interior del océano, el sargazo es un refugio para los peces, alimento, área de reproducción, diferente a cuando llega a las costas de un hotel, donde se convierte en el exceso, la enfermedad, la molestia, el rompimiento de la idea del paraíso tropical eterno. ¿Qué esperar cuando no hemos sido responsables de las maneras en las que nos hemos vinculado con el mar? Sin embargo, me parece importante no perder de vista que tenemos diferentes grados de responsabilidad, es decir, un hotel que libera sus aguas negras directamente al mar no tiene la misma responsabilidad que un pescador, aunque estén en el mismo lugar. No podemos desvincular quiénes somos de la interacción con los demás, pues ya sean macro o microscópicos, se muevan o no, transforman y dejan huella en el ambiente y nuestros cuerpos, a veces de manera muy íntima.

Lo que llamamos monstruos muchas veces son creaciones colectivas, y más que vencerlos, hay que escucharlos y con suerte reinventarnos en conjunto en otras vitalidades. En *Enredos vitales: maíces y personas en el México indígena* por Susana Carro-Ripalda y Olatz González-Abrisketa, se reconoce que hay algunas interacciones que no ayudan a construir, sino que homogenizan y destruyen lo distinto. Susana y Olatz exploran la trascendencia de los vínculos que generamos y la razón de que los afectos sean tan importantes en las relaciones ecológicas, pues afirman que “la vida es con y se otorga mutuamente” (p. 61), no surge de manera espontánea, se construye. En este caso los maíces y las personas campesinas purépechas de Pátzcuaro, nos hacen cuestionar nuestra noción de lo vivo, y aunque pueda parecer que es solo “maíz”, no es así, a los maíces los atraviesan diferentes variables, desde su localización, quién los cuida, quién los nutre.

Para comprender esto, en ocasiones hay que olvidar cómo funcionan las cosas y volverlas a aprender, abriéndonos a nuevas formas de comunicación y hasta de construir el tiempo. En el capítulo *Entre el tiempo de páramo y la atmósfera del posconflicto en Colombia*, escrito por Mónica Espinosa Arango y Diana Prieto, hay que entender las cosas como una cadena: tiempo-clima tiempo-afecto “se siente como viento, lluvia fina, humedad y neblina” (p. 69); el tiempo es un ser atmosférico, no un reloj de bolsillo. Es necesario escucharlo con otros

oídos, con todo el cuerpo, el volcán-páramo doña Juana es un ser sintiente que nos está hablando, el habitar humano no está separado del suyo, formamos parentescos extraños (Haraway, 2019).

Aperturas teóricas multiespecie

Esta es la parte del libro que más confronta: un espacio de reflexión y cuestionamiento de cosas que a veces damos por hecho. El capítulo escrito por Santiago Cruzada, *Reflexiones virales sobre la noción de especie en las antropologías posthumanas*, empieza con una pregunta interesante: “¿Somos los seres humanos ‘completamente humanos?’” (p. 85), cualquiera se queda pensando un buen rato en cuestionamientos como este. El capítulo pone en tela de juicio el término “especie”, lo que puede incomodar a las personas más tradicionalistas en la ciencia, pero en realidad tiene mucha razón, ¿a quién más se le ocurre ver a los demás como catálogos agrupados o separados por sus diferencias? Esa metodología tiene un carácter fuertemente antropocéntrico y no refleja la complejidad de las relaciones en el planeta. ¿No sería un poco más de ayuda reconocernos como el resultado de diversas y complejas relaciones entre diferentes especies, cambiantes e íntimamente vinculadas con un contexto específico?

Tampoco se trata de pelearse con los términos y la teoría clásica, sino de repensar lo que nos han enseñado, cuestionar lo humano como punto de referencia central; repensar a “la especie” como una herramienta analítica, más allá de las definiciones academicistas, que dejan de lado la red de relaciones contingentes que nos conforman. La especie puede ser un proyecto más amplio para explorar otros modos de ver, conocer y ser. No somos humanos separados de bacterias, estamos conformados por una microbiota enorme y por diversas historias, puede haber plomo en personas artesanas¹ o microplásticos en la sangre² de la juventud, hasta la

peste negra y el covid-19 han modificado nuestros cuerpos. Tal vez lo que muestra la serie Black Mirror³ llegue a hacerse realidad y en el futuro nos hagamos intervenciones corporales para tener nuestra nube de Google integrada al cerebro.

Es muy útil haberse cuestionado en el capítulo previo sobre lo que nos hace humanos, para estar abiertos a la idea de que la humanidad “moderna” no define toda nuestra experiencia como seres existentes. Celeste Medrano y David Jiménez-Escobar escriben *Siempre fuimos multiespecistas: compostando devenir con más que humanos*, título que permite percarnos de que el texto se basa en las teorías de Bruno Latour y Donna Haraway. Los autores empiezan recalmando la importancia de que las palabras que usemos para nombrar a los demás seres no sean construidas a partir de la carencia; en este caso, por ejemplo, en lugar de decir no-humanos (*nonhumans*, a partir de lo que no se es), podemos decir más-que-humanos (*more-than-human*), o simplemente otros humanos. Otros ejemplos podrían ser cambiar “adolescente” por joven, para no definir a un grupo de personas a partir de lo que adolecen o carecen, lo que es así, solo desde nuestra percepción.

Y tal vez ese sea el problema: algunos humanos nos consideramos los únicos seres capaces de sentir, pensar, comunicarse. Afortunadamente el capítulo habla de personas en los Andes que reconocen la capacidad de cabras, ovejas, maíces, papas y cerros para brindar cuidados, para cultivar, proteger, aleantar y amparar de manera mutua, construyendo crianzas mutuas: “Los cerros son los pastores de las personas, las personas pastorean a los animales y los animales crían al pasto que mastican” (p. 107). En esta relación compleja de relaciones y prácticas, se busca la manera de comunicarse entre seres, por ejemplo, los *qom* (o *tobas*) le comunican al *shiyaxaua* (persona) del agua que solo pescan para alimentarse sin malas intenciones, por medio de diferentes trastos amarrados al cuerpo, reconociendo una vez más la capacidad de los demás seres para organizar

¹ Referencia a la crisis de salubridad generada por intoxicación de plomo presente en la pintura de figuras de barro y juguetes (del Castillo, 2024).

² Se hace alusión al aumento de los microplásticos en los últimos años en el ambiente (Parker, 2022).

³ Serie popular de la plataforma de streaming Netflix.

sus propias vidas, sentir y significar sus interacciones, de manera recíproca y respetuosa.

Este capítulo habla finalmente de las mujeres sahumeras en Santa Fe, quienes se involucran y dialogan con los sahumos (atados de yerbas), cuando transitan hacia su muerte al ser secados o quemados. Los autores señalan que “Mientras nosotros habíamos atado un conjunto de especies vegetales, ellas —las sahumeras— amarraban y entrelazaban poderosos cuerpos verdes” (p. 117). Aunque varias personas se estén relacionando con los mismos seres y cuerpos, cada una lo hace de manera diferente y no por eso una u otra deja de existir o de tener validez. Las formas de ser y relacionarse con los demás no son excluyentes, suceden al mismo tiempo en el mismo lugar, no hay una única manera, convergen constantemente, sin que lo notemos, no es necesaria una diferencia de espacios y tiempos. Hay una multiplicidad de existencias e interrelaciones, y estos ejemplos nos invitan a pensar en hacerle espacio a los modos y formas de los demás.

El siguiente capítulo traído por Francisco Pazzarelli *La sopa, la vida, el afuera*, llega al corazón de forma especial. Fue mi capítulo favorito, no solo por la reflexión a la que invita, sino por el lenguaje utilizado: poético, pero no romántico, rompiendo formalismos académicos. Habla de vitalidad y mortalidad, de la comida, de nutrir, de las profundas transformaciones del cocinar e ingerir la esencia de los alimentos, de comer y ser comido. Nos recuerda que, en una sopa, hay millones de vidas, millones de cosas intrincadas, que al comer nos estamos sanando, nos transformamos junto con otros seres. El texto señala: “Cada intento exige una transformación, cada transformación una fuga” (p. 133), lo que puede interpretarse como la regla del 10 % en las cadenas tróficas: no se puede conservar todo, hay que dejar ir. A través de las tradiciones y relaciones andinas, Pazzarelli nos permite encontrar lo bello en lo cotidiano, nos invita a transformarnos, a explorar sabores y dejarnos saborear.

La pandemia y los límites de lo humano

Esta sección abre con el texto de Felipe Van der Velden *Murciélagos comunistas y virus chinos*, y exhibe el racismo que muchas veces llega al núcleo mismo de la sociedad. La reflexión comienza con el análisis de un meme viral sobre la sopa de murciélagos, distribuido en redes sociales. ¿Qué puede haber detrás una imagen, frase o chiste? Es interesante cómo opera la repugnancia, el disgusto, el rechazo por lo ajeno, el temor por ese monstruo ajeno a lo hegemónico y “correcto”, parecido a lo que pasa con el sargazo. Un virus vino a romper la burbuja de un mundo funcional y homogéneo, para recordarnos que la humanidad no es la única que escribe historias, modifica cuerpos y transforma realidades.

En todo el caos, el miedo y la incertidumbre se buscaron culpables, y con tanta desinformación e incertidumbre los primeros en ser señalados fueron los chinos y sus hábitos alimenticios “sucios” o “repugnantes”. Resulta más fácil culpar a un solo grupo por una cadena de cosas que ya estaban mal, para no tomar responsabilidad, y no cuestionar nuestras propias acciones. ¿Las personas chinas son las únicas que comen animales diferentes al pollo, cerdo y res? Claro que no. En Yucatán se come tamal de iguana, en Hidalgo chinicuiles, en Brasil jabalí, etcétera. Además, esos animales que se considera más “normal” consumir, no son criados en las mejores condiciones sanitarias. Esta situación puso en el plato global nuestro especismo, racismo y clasismo más arraigados. Un meme también puede contener un discurso político muy fuerte de fondo y el reduccionismo es peligroso, especialmente cuando se vuelve un tema de interés global. El capítulo nos cuenta más a detalle los peligros de la desinformación, del miedo y rechazo a lo diferente, y de cómo en realidad no hay una auténtica hegemonía. Este planeta es muy diverso, dinámico y creativo como para reducirse a un solo paradigma.

En relación con la enfermedad, los seres humanos no somos los únicos que se enferman, ni todas las personas vivimos la enfermedad de la misma manera. En *Geografías zoonóticas*, Margarida López-Fernández y Amélia Frazao-Moreira nos recuerdan que la salud y la enfermedad son marcos dinámicos, donde están estrechamente relacionados animales y humanos. Este capítulo se relaciona con lo que plantea el primero, pero contiene ejemplos más visuales: incluye mapas, gráficas y análisis de datos que vinculan la vigilancia sanitaria veterinaria con el conocimiento de las prácticas locales, e incluso permite visualizar aspectos como el racismo inherente al colonialismo y presente en las zonas de mayor biodiversidad, ahora víctimas del extractivismo. El texto también pone en evidencia la necesidad de un trabajo transdisciplinario; la salud y la enfermedad están atravesadas por muchísimas cosas más que lo dictado por la medicina occidental, están relacionadas con una matriz de diversas opresiones y aspectos, por racismo, historia, género, clase, operando en conjunto.

Esta relación entre animales-personas-salud-enfermedad también se analiza en *Una zoonosis en sindemia. Convivencias con SARS-CoV-2*. En este texto, María Carman y María Valeria Berros nos muestran que incluso lo que nos llega a través de los medios de comunicación puede ser reflejo de esa matriz de desigualdades y opresiones que vivimos. Por eso se propone utilizar el término de Merrill Singer y Rylko Bauer (citado en p. 166) de “sindemia”, para poder hablar del efecto sinérgico de cada una de esas violencias, desigualdades, opresiones a nivel estructural e institucional, que influyen en nuestra manera de construir el mundo. El concepto de pandemia no solo queda corto, sino que puede llegar a invisibilizar otros problemas que ya existían y que quedaron desatendidos. Hubo gente que tuvo que enfrentar el hambre, la desnutrición, el dengue, la intoxicación y al covid-19 al mismo tiempo. El capítulo nos invita a tomar responsabilidad de lo que vivimos y asumir que nacemos y morimos en redes en crisis con la oportunidad de resurgir. Incluso en el fin del mundo hay esperanza, solo nos queda “seguir con el problema” (Haraway, 2019).

Los animales son buenos para imaginar

La última parte del libro aporta más herramientas para sensibilizar sobre la diversidad que nos rodea, cuida y transforma. El primer capítulo escrito por María Carman y María Valeria Berros *Entre el antiespecismo lastimero y la polifonía judicial*, nos recuerda que esta convivencia multiespecie tampoco es algo que debamos romanticizar. El texto nos habla del caso legal de la orangutana Sandra, la primera más-que-humana en ser declarada sujeta de derechos, caso que abre la conversación para encontrar maneras de hablar y comunicarnos, entender a los seres más que humanos. Pero es necesario ser cautos, porque en casos como este podríamos caer en argumentos evolucionistas como “merece respeto porque se parece a lo humano”, o “somos básicamente primos, hablando evolutivamente”. ¿Acaso solo lo que nos es familiar tiene derechos? Este caso tomó décadas de trabajo, y no significa que ya todo va a cambiar, pero es un paso muy importante que crea antecedentes, especialmente legales (jurisprudencia). Aún quedan muchos derechos por los que luchar y es necesario crear estrategias que garanticen que se respetarán y cuidarán esas otras subjetividades.

No podemos estar en los zapatos de los demás, somos seres diferentes, pero eso no nos impide sentirnos afectados o preocuparnos por lo que sienten, piensan o le pasa a los demás. Y aunque no podemos hablar, escribir, ni pensar en otras especies no humanas más que desde nuestra condición de humanos, vale la pena seguir buscando formas de entendernos más allá del lenguaje que utilizamos, como, por ejemplo, a través de las vibraciones vegetales, de las conexiones de los hongos, del lenguaje de otras especies como los árboles, o bien aprendiendo a leer los cuerpos, empezando por el propio.

El camino del reconocimiento y convivencia con la otredad no es nada fácil, es complejo y no siempre es agradable y pacífico. En *Un enemigo que se come*, Caetano Sordi aborda las múltiples relaciones que se pueden construir alrededor de lo que podría parecer el mismo

ser, en este caso, el jabalí. Nos habla de la importancia de formar redes más diversas de entendimiento con lo que ya existe, ya que como señala Tsing (2021), somos diversidad contaminada. El texto nos invita a habitar los problemas de otras formas, a abrirnos a que también es posible “devorar al enemigo” (p. 220), a entender que hay diversos modos de relación con las alteridades, incluso las peligrosas, y que habitar los riesgos es mejor que ignorarlos.

Para unir estos últimos dos capítulos, el libro cierra con el texto de Aníbal Arregui *Reencontrando al principio: de sintonías corporales y ecologías infra-especie*, que nos aproxima a las reflexiones pasadas desde una perspectiva diferente: la literatura. Es curioso cómo una palabra puede cambiar todo el sentido de una historia, cuando expresa una estructura de pensamiento distinta; por ejemplo, decir “doméstícame” es diferente a decir “amánsame”, al menos en francés: la primera significa tener una relación de sometimiento y la otra crear lazos, amistar, negociar una relación. ¡Qué labor más difícil la de quien traduce! Tiene en sus manos cambiar el sentido de una historia. Por eso cada palabra puede ser (y es) una decisión política. La ecología también está envuelta en afectos que son correspondidos y diversos, por lo que hay que saber sintonizar con otras corporalidades y abrirnos a entender otras formas de relacionarnos.

Este libro verdaderamente muestra al *anthropos* como el resultado de la interrelación con vitalidades múltiples, en las que escribe y que escriben dentro suyo de manera recíproca, constante y dinámica. Estas letras son una invitación a reimaginar el futuro, a construir

e inventar maneras en las que incorporemos la diversidad que nos rodea y que está dentro de cada ser, independientemente del tipo de relación que se sostenga. Finalmente, me gustaría agradecer a las personas, animales y otros más-que-humanos que construyeron este libro, ya que me dio esperanza y me acompañó en momentos en los que creí que tal vez estaría un poco estancado el estudio de la otredad.

Referencias

- del Castillo, Agustín (16 de julio de 2024). “El plomo de las artesanías, pinturas y plásticos causa estragos en los niños mexicanos”. *El País*. <https://elpais.com/mexico/2024-07-17/el-plomo-de-las-artesanias-pinturas-y-plasticos-causa-estragos-en-los-ninos-mexicanos.html>
- Dabezies, Juan Martín y Arregui, Aníbal G. (eds.), *Vitalidades. Etnografías en los límites de lo humano*. España: Nola, 278 pp.
- Haraway, Donna (2019). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao, España: Consonni, 368 pp.
- Parker, Laura (27 de abril de 2022). “Los microplásticos ya están en nuestros cuerpos. ¿Cuánto nos dañan?” *National Geographic*. <https://www.nationalgeographic.es/com/medio-ambiente/2022/04/los-microplasticos-ya-estan-en-nuestros-cuerpos-cuanto-nos-danan>
- Tsing, Anna Lowenhaupt (2021). *La Seta del Fin del mundo. Sobre la posibilidad de vida en las ruinas capitalistas*. Madrid, España: Capitán Swing, 250 pp.

Semblanzas completas

Monserrat Torres Ortiz. Licenciada en Ciencias Ambientales por la Escuela Nacional de Estudios Superiores, Unidad Mérida, Universidad Nacional Autónoma de México. Profesionista independiente.

Líneas de interés: literatura, patrimonio biocultural, semiótica, relaciones multiespecie, periodismo ambiental.